

C.R.  
940.53  
F363p

# PLVS VLTRA

(LA RAZA HISPANA ANTE EL CONFLICTO EUROPEO)



nº 1829

# PLVS VLTRA

(LA RAZA HISPANA  
ANTE EL CONFLICTO EUROPEO)

POR

**ROGELIO FERNÁNDEZ GUEL**

Delegado al Congreso Financiero de Buenos Aires de Abril de 1916,  
• Miembro corresponsal del Instituto Geográfico argentino etc.

PRÓLOGO DE

**DON JACINTO BENAVENTE**

*Bibli. Nat. R.*



CENTRO EDITORIAL DE LA  
UNION INTELLECTUAL LATINO-AMERICANA  
Director: Juan Ignacio Gálvez  
MADRID

LIBRERÍA DE  
**FERNANDO FE**  
Puerta del Sol, núm. 15  
MADRID

1917



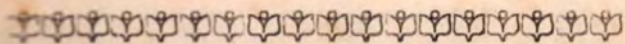
## DEDICATORIA

---

*A los distinguidos estadistas, escritores y hombres de ciencia españoles, alemanes e hispano-americanos Excmo. Sr. don Antonio Maura, don Jacinto Benavente, don Juan Vázquez de Mella, profesor Guillermo Wundt, profesor Hermann Oncken, doctor Ernesto Quesada, doctor Luis Cabrera, profesor Alfonso Herrera, doctor Julián Irias, doctor Horacio Espinosa, doctor Manuel Diéguez y doctor Juan Ignacio Gálvez.*

*Respetuosamente,*

**El Autor.**



## PRÓLOGO

---

**E**N la huera literatura aliadófila que hemos padecido en España desde el comienzo de la guerra — no quiero hablar de la soez y tabernaria, que será vergüenza de todos por mucho tiempo, de los que la cultivaron y de los que consintieron su cultivo—, una de las pocas razones con apariencia de razón, alegada contra el germanofilismo español, era repetirnos en todos los tonos, mayores y menores, que los países del a América Española, eran en su totalidad aliadófilos y nuestra *germanofilia* nos apartaba de ellos espiritualmente, con grave daño de las futuras relaciones políticas y cordiales entre España y América Española, o latina, si así les gusta más a los señores aliadófilos.

Pues bien; para que ni este argumento

tan bien traído, pudiera lográrseles a los señores del lugar común y la sonora palabrería embaucadora, justamente de la América latina nos llegan los libros, quizás más documentados, en favor de la causa de los imperios centrales.

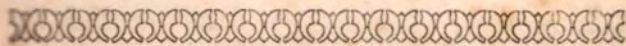
El presente libro es uno de ellos. Su autor, como todos los patriotas... de su patria y de su raza, advierte dónde está el verdadero peligro de la que hemos convenido en llamar raza latina.

La Historia habla más alto que la voinglería aliadófila.

Por lo que a España se refiere, sus observaciones son atinadísimas.

Algunas añadiría por mi cuenta, pero no es esta la ocasión ni es hora de añadir leña al fuego. Bien está cada uno con sus razones, mejor con sus sentimientos. Los espíritus groseros, incapaces de defender una causa sin insultos soeces, bien están con su grosería y su miserable ruindad. Que ella les sea bien pagada es lo mejor que puede sucederles.

JACINTO BENAVENTE.



## Prólogo del autor.

**U**N imperioso deber me ha movido a escribir las siguientes páginas. Pacifista por temperamento y por filosofía, he visto con tristeza derrumbarse en un segundo el castillo de risueñas esperanzas que la fantasía de los pueblos edificó al reunirse el primer Congreso de La Haya. Bien sabía yo, sin embargo, que la paz no se puede fundar sobre bases de injusticia, y que sólo conviene a los dominadores, a quienes asegura la tranquila posesión de los bienes usurpados.

La guerra, por dolorosa que sea, es preferible a la paz basada en la sumisión y en el oprobio. Así lo reconoció aquel gran cazador de fieras y de pueblos en su Mensaje al Congreso de los Estados Unidos: «Una guerra justa es a la larga más beneficiosa al alma nacional, que la paz alcanzada a costa de haber sufrido en silencio una injusticia... y hasta puede ser mejor salir vencido en una guerra que el no haber luchado» (1). Es también muy significa-

(1) TEODORO ROOSEVELT: *Mensaje al Congreso de los Estados Unidos, de 4 de Diciembre de 1906.*

tiva la frase que el bardo germánico pone en boca del juicioso y humanitario Stauffacher en el Rutli: «Por último recurso, cuando ya ninguno otro sirve, nos ha sido dada la espada.»

«Todas las cuestiones de derecho—decía Scherr— al fin y al cabo rematan en cuestiones de fuerza» (1).

Amargo es confesarlo: mientras el idealismo de Hegel y de Spencer no hacía más que hinchar pompas de jabón, Inglaterra sujetaba con férrea mano a las Repúblicas boers, los Estados Unidos se apoderaban del Panamá, Francia extendía sus protectorados africanos y el Japón ponía su bota militar sobre el cuello del dragón chino.

«¿Soñáis en el día de la paz? —decía Goethe en el *Fausto*— ¡Sueñe el que quiera! ¡Guerra es la divisa, victoria el grito!»

¿Es posible la paz mientras el fuerte coaccione al débil, mientras Polonia gima esclava, Inglaterra retenga a Gibraltar, Adén, Jersey, Guarnesey, Chipre, Pretoria, la India y el Egipto, y conserve en su poder las llaves de todos los mares; mientras los Estados Unidos atenten contra la soberanía de las Repúblicas centro-americanas y su águila hincue las garras de plata en los peñones de la isla de Santo Domingo, y desde allí avizore con ojos codiciosos las islas Galápagos y el golfo de Darién?

El hispano-americano que en vista de tales atentados y en espera de nuevos ultrajes aconseje la paz,

---

(1) SCHERR: *Veinte siglos de historia alemana*, V.

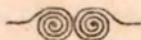


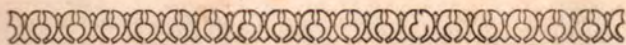
el desarme o la protesta inerme como postrer recurso, olvidando que Alarico toca a las puertas de Roma, traiciona a su raza y vende a una patria cuyas fronteras espirituales se extienden más allá del Pirineo y del Bravo.

Esta obra en su esencia no es «germanófila» ni «aliadófila». El problema mundial no está observado desde el punto de vista alemán, inglés, francés, austriaco o ruso, si bien no dejo de reconocer la razón —relativa, como todas las cosas humanas— que asiste a Alemania en el presente conflicto, sino desde el punto de vista hispano-americano, que comprende la integridad y el desenvolvimiento de los países que un día formaron parte del dilatado imperio de Carlos I y Felipe II, y donde aún se habla la lengua de Cervantes. No es un grito de combate, sino una voz de alerta. Mi deseo es ilustrar la opinión de mis compatriotas de los dos hemisferios: no halagarlos con sueños de conquistas. La historia misma, fría y severa, nos dirá, con el examen de sus hechos, hacia dónde debemos orientar nuestra política en lo futuro. Al referirme a las agresiones injustificadas de que han sido objeto España y la América española por parte de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, no es mi deseo sembrar en los corazones de españoles e indoespañoles el ansia del desquite, ni siquiera el anhelo de la decadencia y total ruina de aquellas naciones, que desempeñaron y desempeñan aún un importantísimo papel en la civilización, sino el noble y legítimo afán de reco-

brar íntegro nuestro patrimonio, la herencia completa de nuestros mayores, que libraron a Europa del yugo de los árabes, descubrieron y colonizaron un mundo y plantaron la cruz del Redentor en las selvas de Nevada y Utah, en las riberas del Missisipí, en las márgenes del Plata y en el lejano cabo de Hornos.

BARCELONA, 31 de Enero de 1917.





# CAUSAS DE LA GUERRA

---

## Introducción.

Carácter universal de los actuales acontecimientos.—  
Causas aparentes y reales de la guerra.—Fracaso del  
«pacifismo».

La guerra actual determina una nueva era en la historia de la Humanidad, marcada por lineamientos más precisos que los que ordinariamente sirven para demarcar las edades, como la invasión de los bárbaros y la caída del imperio romano, la conquista de Granada y la toma de Constantinopla, y la Revolución francesa, con que se abre la edad contemporánea. El acontecimiento actual sólo cede en magnitud a aquellos dos hechos en los que el juicio humano, impotente para explicarlos, ha visto la intervención de la Divinidad: el nacimiento de Jesús y el descubrimiento de América. Quizá en lo futuro, paralelamente a la cuenta que se sigue conforme la era cristiana, se contarán los años a partir de aquel en que estalló esta guerra, la más espantosa que han presenciado los siglos, y cuyos siniestros resplandores ensangrientan el cielo de la Historia.

El magno acontecimiento que se desarrolla ante nuestros ojos no sólo afecta a los países en lucha, sino a todas las naciones del mundo, grandes o pequeñas, y a sus colonias, dominios o protectorados. Observando el mapa de la guerra, nótase que la gran mancha negra que constituye el actual imperio de Belona cubre las tres cuartas partes del globo terráqueo, no restando sino unos cuantos lunares blancos en Europa (España, Suiza, los países escandinavos y Holanda), la zona por otros motivos convulsa de China, los Estados Unidos, envueltos en el manto ondulante de una neutralidad fenicia y con los pies chamuscados por el incendio mexicano, y la América hispano-portuguesa, medio indígena y medio española, que labora y sueña en la calma imponente de sus bosques; pero cuyo sueño se ve turbado con frecuencia por visiones horribles. Lo mismo que en la pequeña Grecia un día chocaron el Asia, decrepita y corrompida por el fausto y los placeres y la Europa, joven y vigorosa, y de aquél combate dependió la suerte futura del mundo, del mismo modo hoy en las desoladas llanuras de Flandes y de Francia, en las estepas rusas, en las abruptas cumbres de los Alpes y de los Cárpatos y en las pantanosas orillas del Danubio, a cañonazos se destruye el pasado, se confunden las razas y los pueblos, avanzan y retroceden las fronteras, se despeja el porvenir, y por el inmenso boquete que se abre en la Historia, se dispone a pasar, como un conquistador por la brecha de una ciudad sitiada, la Humanidad nueva. Ningún país se ve libre del flagelo; la guerra afecta a toda la generación actual, y aun remueve en sus sepulcros de piedra las cenizas de nuestros antepasados. Cualquiera que sea el resultado, se producirá una revolución inmensa en las ideas, y las fronteras espirituales,

las montañas de prejuicios que limitan a los pueblos, caerán, como las murallas de Jericó, al estruendo de los morteros, verdaderas trompetas bíblicas que anuncian el advenimiento de otra edad.

¡Cuántos cambios en la organización política del mundo! Imperios que se creían eternos, como el de Alejandro y Augusto, y que osaron en su necio orgullo alzar pirámides y erigir arcos de triunfo con los huesos de sus esclavos, principiarán a declinar o se derrumbarán estrepitosamente, como el romano al asomar por encima de los muros de la ciudad sagrada las lanzas de los soldados de Alarico; espectros de naciones, como Polonia, brotarán de la tumba, llevando en las sienes las coronas de hierro de sus príncipes o reyes; países libres, pero que hicieron mal uso de su libertad, interponiéndose entre los colosos para provocar catástrofes, gemirán quizá esclavos, y naciones que se creían decadentes y a las que se apartaba desdeñosamente con el codo en las grandes asambleas de los pueblos, sin respeto a su pasada grandeza, remozadas por nuevos hábitos de vida, ocuparán el puesto que les corresponde en la civilización.

¿Cuáles han sido las causas de este colosal conflicto? ¿Quiénes han desencadenado esta catástrofe? ¿Sobre qué hombros debe descansar la responsabilidad de la hecatombe?

El vulgo, neutral o «aliado», en su mayoría acusa al «Kaiser», interesante figura contemporánea que en la imaginación medrosa de algunos toma proporciones de Lucifer o «Anticristo»; el pueblo germano culpa a «Nicolás», el Czar de Rusia, y algunas inteligencias más sutiles no vacilan en atribuir todas las calamidades de esta desdichada época a la «pérfida Albión».

Los escritores franceses señalan como causa de la

guerra la «agresión injustificada» de que fueron objeto Francia y Rusia por parte del poderoso imperio germánico, cuyos anhelos de expansionismo y de hegemonía mundial habían mantenido a Europa en perpetua zozobra durante medio siglo. Los escritores ingleses denuncian al militarismo alemán y explican la entrada del imperio británico en la guerra, atribuyendo este hecho a la violación de la neutralidad de Bélgica, que Inglaterra estaba obligada a hacer respetar como una de las cinco potencias signatarias del tratado de 1839. En cambio, los escritores alemanes que se han ocupado de las causas de la guerra, como Hermann Oncken y Walter Schoenborn, ambos catedráticos de Heildeberg, señalan como los dos hechos fundamentales que han dado origen al conflicto, por una parte, la existencia del imperio alemán, fundado en 1870-71, y por otra, el propósito alimentado por el espíritu de desquite francés de derrumbar un día por la violencia el estado de cosas creado por aquel hecho en Europa (1).

El que para ilustrar su opinión estudiase calmosa y reflexivamente los *Libros Rojo, Azul, Amarillo, Blanco, Gris y Anaranjado* de las naciones en lucha, nutridos de documentos referentes a las negociaciones de las Cancillerías en presencia del conflicto austro-serbio y de la violación de la neutralidad belga, poco adelantaría en el conocimiento de las causas verdaderas de la guerra.

La entrada de nuevas naciones en la lucha, no afectadas directamente por aquellos conflictos ni por el espíritu de desquite francés que señala On-

---

(1) *Alemania y la Guerra europea*, t. III, 1; *La Prehistoria de la Guerra*, por el Dr. Hermann Oncken, I, trad. cast. del Dr. Faustino Ballvé.

cken, como Turquía, Italia, Bulgaria, Portugal y Rumania, pone al descubierto una serie de causas más remotas que, sin conexión, al parecer, con las apuntadas por los beligerantes, se han ido eslabonando para producir esta colosal conflagración.

La guerra actual, a nuestro juicio, reconoce cuatro grandes causas que tienen raíces muy hondas en la Historia universal, en los orígenes mismos de los pueblos. Los magnos acontecimientos que nos ha tocado en suerte presenciar no son fruto de la política de un hombre ni de los extravíos de un pueblo; mucho menos, efecto del crimen de un fanático o un loco. Pobre idea se forman de la Humanidad los que creen que los destinos del mundo dependen del gesto de un César, llámese éste Bonaparte o Guillermo II, o de los actos de un asesino fanatizado por un ideal, como Jacobo Clemente, Ravailac o Milos Obilic. Los elementos que debían producir la conflagración se habían acumulado durante más de medio siglo; una sola chispa podía originar la catástrofe. Esta chispa fué el asesinato de Sarajevo.

Las cuatro causas a que nos hemos referido, son:

- La «*revanche*», de Francia;
- el «imperialismo» de Inglaterra;
- el «expansionismo» de Rusia, y
- el «irredentismo» de Italia.

Contra estas cuatro grandes fuerzas que amenazaban su existencia, los Imperios centrales (Alemania y Austria-Hungría) han opuesto una sola, pero formidable: el «militarismo».

El espíritu de desquite francés, que no se satisfacía ya con la reintegración de las provincias perdidas, sino que aspiraba a la humillación absoluta de Alemania, tarde o temprano hubiera chocado con la mole del imperio germánico; el imperialismo in-

glés estaba fatalmente abocado a una guerra contra Rusia, Estados Unidos o Alemania; el expansionismo ruso ya había chocado en el Extremo Oriente con las ansias de predominio y expansión de un pueblo joven y vigoroso, recién venido al círculo de las grandes potencias: el japonés; y el irredentismo italiano, aun bajo el manto de la Tríplíce, amagaba al Austria. Es evidente que si Alemania y Austria-Hungría no hubieran desarrollado hasta su máxima eficiencia su poder militar, no habrían podido sostener este choque, y Austria hubiera tenido que inclinarse ante la pequeña Serbia. El «militarismo», pues, ha salvado hasta la fecha a las potencias centrales, y no se puede culpar a una nación porque cultive y desarrolle aquella fuerza, a la que ha de fiar su existencia; al contrario; debemos admirar y aplaudir la previsión de los hombres de Estado alemanes, que nunca se llamaron a engaño respecto de las intenciones pacíficas de Inglaterra y Rusia.

En los últimos treinta años, a medida que los Cancilleres tejían en la calma de los gabinetes, y aun en medio del bullicio de las fiestas palaciegas, la vasta tela en la que al fin quedó aprisionado todo el mundo, y a compás que crecían los armamentos y se construían ferrocarriles estratégicos, germinó el ideal pacifista como una planta de ensueño en el cráter de un volcán. El socialismo se apoderó de este ideal y lo llevó a la prensa, al parlamento y a los palacios reales. El Czar de Rusia convocó a una primera conferencia en La Haya; Inglaterra habló de limitación de armamentos; un hálito de concordia invadió toda Europa, y cuando el reloj del palacio erigido a la Paz por la munificencia del multimillonario Carnegie, dió la hora por primera vez, pareció que se había realizado aquel hermoso sueño.



Sin embargo, las potencias continuaron preparándose para la guerra; Rusia, no obstante las declaraciones pacíficas del Czar, siguió acumulando tropas en la Mandchuria; Inglaterra lanzó al agua su primer dreadnought; Alemania y Francia aumentaron el efectivo de sus ejércitos permanentes, y Austria declaró la anexión de la Bosnia y la Herzegovina. Evidentemente el «pacifismo» no era más que una sirena cuya dulce voz no engañaba a nadie.

A los sueños de Norman Angell, Jules Simón y Jaurés, respondía la brutal realidad con el estallido de la guerra anglo-boer, el hundimiento de los acorazados rusos en Vladivostok, el conflicto italo-turco y la convulsión balcánica de 1912-13. «La paz —gritaba Roosevelt en la gran República— sólo es una diosa cuando se presenta con la espada al cinto» (1). «La guerra es una necesidad biológica» —decía el general von Bernhardt— (2). Y Treitschke: «Dios cuidará de que la guerra aparezca siempre como una terrible medicina para el género humano» (3).

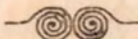
El largo período de paz de que había disfrutado Europa desde 1871, interrumpido solamente por los conflictos de los Balkanes, había fortificado en los corazones el anhelo de la paz, aun en la misma Francia, donde se había amortiguado con la cicatrización de las heridas, el odio a Alemania; las vías férreas habían enlazado a las naciones rivales; el intercambio comercial se desarrollaba de modo extraordinario, y Europa parecía, por su sistema de ferrocarriles, sus líneas de navegación continental,

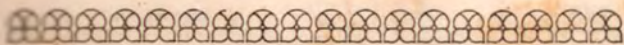
(1) *El Ideal americano.*

(2) *Alemania y la próxima guerra.* VIII.

(3) *Política*, I, pág. 76, cit. por BERNHARDI.

sus estrechas relaciones bancarias y el complicado engranaje de su comercio, una sola nación confederada desde San Petersburgo a Lisboa y desde Atenas a Cristianía. Pasma pensar cómo pudieron en determinado momento soltarse estos potentísimos lazos y cómo el cúmulo de intereses creados durante los últimos cincuenta años no reaccionó para restablecer la paz. En presencia de este hecho, es forzoso convenir, en que dicha paz era una ficción, ya que en el fondo subsistían las mismas causas que habían armado a los pueblos desde remotas edades: el ansia de predominio de los poderosos y el instinto de conservación de los débiles.





## I

### Europa antes de 1870.

El pacto de Verdún.—La familia germánica.—Carlos V y Francisco I.—Luis XIV se apodera de Alsacia-Lorena.—Afrancesamiento de las costumbres en Austria y Prusia.—Alemania bajo la dominación napoleónica.—Waterlío.

El año 843 se reunieron en la ciudad de Verdún los tres nietos del emperador Carlomagno: Lotario, Carlos y Luis, y celebraron el memorable tratado mediante el cual se disolvió el poderoso imperio carlovingio, que se extendía desde el mar del Norte hasta el Tiber y el Ebro, y desde el Elba y el Teis hasta el Océano atlántico, comprendiendo en sus límites a todas las tribus germánicas, excepto los normandos de Escandinavia y los sajones que habían pasado a ocupar Inglaterra. A Lotario le tocó la Italia con la Borgoña y el título de emperador, a Carlos la Francia occidental y a Luis la Francia oriental o Alemania. Del año 843 datan, pues, tres de las cinco grandes nacionalidades que se disputan actualmente la hegemonía mundial en los campos de batalla, todas tres de origen germánico, más o menos puro. En el grupo teutón incluimos al

Austria, que correspondió también a Luis. Si a esto agregamos que la Gran Bretaña fué invadida en 449 por los germanos Hengis y Horsa, y que pocos años después los bretones habían sido completamente subyugados por los anglosajones, observaremos que sólo los eslavos de Rusia y los madyares de Hungría difieren esencialmente de los titulados «bárbaros del siglo XX». Nuestra lengua y nuestras costumbres son latinas; pero en nuestra sangre y en nuestro espíritu hay un sedimento germánico innegable. Bretones, galos, italos e iberos, desaparecieron bajo las oleadas sucesivas de suevos, vándalos, alanos, francos, godos, hérulos, sajones, lombardos y alemanes, que brotaron de las selvas de Germania, impulsados por los guerreros tártaros de Atila. En España el que no es godo o vasco, es árabe.

Francia, Alemania e Italia son, pues, naciones hermanas y sus primeros monarcas fueron los tres nietos del gran fundador de la dinastía carlovingia, cuyos restos descansan en la catedral de Aquisgrán.

Con la dulzura y sonoridad de la lengua latina, los germanos de Francia, Italia y España heredaron el espíritu artístico y el estro poético de romanos y griegos, y así Apeles resurgió en Rafael, Praxiteles en Miguel Angel, Horacio en Fray Luis de León, Virgilio en Dante, Cicerón en Bossuet, y Terencio y Plauto en Molière y Alarcón. En cambio, los germanos de Alemania, que no percibieron sino los fulgores de la civilización latina y cuya lengua conserva su aspereza primitiva, desarrollaron una civilización autóctona. Mucho hubieron de trabajar sus poetas para domar el idioma, y para que éste se elevase de las rudas estrofas de *Das Nibelungen not* hasta las delicadas canciones de Goethe y de Heine. Al fin el genio, contenido por la rudeza de la

lengua, se desbordó en la filosofía y en la música, se alzaron cumbres tan altas como Hegel, Kant, Schopenhauer y Nietzsche, y brotaron nunca oídas melodías bajo los dedos de Beethoven, Mozart, Haydn, Gluck, Händel, Bach y Wagner.

La clasificación, pues, de latinos y sajones, aplicada a los pueblos del Centro y del Occidente de Europa en su acepción étnica, es completamente absurda, y debe referirse sólo a los dos grandes grupos de lenguas que dominan en esta sección del continente.

De las tres hermanas carlovingias, Francia y Alemania son las que guardan entre sí más semejanza, y pueden considerarse como gemelas. Al otro lado del Rin están las tradiciones de la Francia caballeresca y legendaria, y sólo a la exaltación patriótica de la Prensa de allende los Pirineos ha podido ocurrírsele negar este hecho y llamar «hunos» a los descendientes de Luis el germánico.

Francia y Alemania atravesaron el inmenso período de la Edad Media sin rivalidades ni luchas de importancia. Las fuerzas del Imperio se ocupaban en las cruzadas y toda la atención de la Europa Central estaba concentrada en el Oriente, mientras Francia e Inglaterra se desangraban en los campos de batalla de Poitiers y Patay.

Vacante el trono de Alemania por la muerte del emperador Maximiliano I, abuelo del rey Carlos I de España, este príncipe y el rey Francisco I de Francia se declararon pretendientes del Imperio. El rey Francisco apoyaba sus pretensiones en el hecho de que, uniéndose las coronas de Francia y Alemania, se reconstituía el Imperio de Carlomagno y ofrecía emplear las riquezas inagotables de Francia en renovar el esplendor del mismo y en arrojar de Europa a los turcos, que ya se habían apoderado

de Adrianópolis y Constantinopla y amenazaban a Hungría. Añadía que no ignoraba la nación germánica que de ella habían salido en otro tiempo los francos, fundadores en la Galia de un poderoso Imperio (1). Los que sostenían las pretensiones del rey de España alegaban que no se podía desposeer a éste sin notoria injusticia de la corona de su abuelo, y que el pueblo alemán quería un César natural del país, que hablase su lengua y siguiese sus costumbres. Triunfó este parecer en la Dieta de Francfort, y Carlos fué proclamado solemnemente por el Arzobispo de Maguncia Emperador de Alemania. La decepción de Francisco fué inmensa.

De esta competencia de los dos príncipes más poderosos de la cristiandad, se originó la larga serie de guerras que con varia fortuna agitó a Europa durante más de medio siglo. Alemania tomó parte en ella, y aun después de disuelto el imperio hispano-germánico, continuó prestando su apoyo a la corona de España. Estas guerras, sin embargo, no engendraron odios entre franceses y germanos, ya que en ellas los últimos no desempeñaron más que un papel secundario bajo el mando de príncipes extranjeros, y no defendían ninguna causa nacional.

Un suceso conmovió a toda la Alemania en tiempo del rey Luis XIV, el cual fué la incorporación violenta del territorio alemán de Alsacia-Lorena al reino de Francia. Esta obra la ejecutó el rey francés por sorpresa. Alemania, dividida en una multitud de pequeños reinos y ducados, no ofreció la menor resistencia, y desde esta fecha hasta 1871 el Rhin marcó la línea divisoria entre las dos naciones.

Prusia principió a pesar en los destinos de Alemania y de Europa en la época del gran Federico.

---

(1) MIÑANA, lib. I, cap. IV.

En tiempo de Federico Guillermo I y de la emperatriz María Teresa, las Cortes de Berlín y Viena se habían afrancesado hasta el extremo de que no parecían sino sucursales de París y de Versalles. Las graves costumbres españolas, introducidas en la risueña ciudad del Danubio por el emperador Fernando y la sencillez y austeridad teutónicas cedían el paso a las modas francesas y al refinamiento y esplendidez parisienses. En vano Federico Guillermo decía: «No puedo sufrir a esos bribones franceses; soy todo alemán», y procuraba desterrar las nuevas costumbres, convirtiendo su palacio en un convento y su corte en un cuerpo de guardia. El mismo estaba inficionado, y no tuvo reparo en encargarse de la educación de su heredero a preceptores franceses; de modo que Federico II se desarrolló en una atmósfera de completo afrancesamiento.

El gran Federico, el verdadero creador de la monarquía prusiana, era un rey francés a lo Enrique IV, que combinaba la dignidad y el esplendor de la realeza con la sobriedad y sencillez del soldado. Federico se abstraía tocando flauta, leyendo libros franceses, recitando poesías de Racine y de Corneille y escribiendo versos en francés. Sus comensales en los famosos *soupers de Sans-souci* eran Voltaire, Dargents, Lamettrie y otros. El genio de Goethe despuntaba, y Mozart arrebatava las almas en Viena con su arte divino. Federico ignoraba en absoluto que existiesen poetas, músicos y filósofos alemanes. Ni siquiera hablaba correctamente el alemán. Lo que no le impidió ganarle a los franceses la sangrienta batalla de Forbach.

Fué tal la importancia de esta batalla y tan vivo el recuerdo que de ella conservaron los franceses, que sesenta años más tarde, cuando Napoleón al-



canzó sobre los prusianos la memorable victoria de Jena; dijo con no fingida satisfacción que aquel era «el desquite de Forbach».

La dominación napoleónica dejó en Alemania, y en particular en Prusia, amargos recuerdos. Bonaparte no usó con moderación de su victoria; sus mariscales trataron al pueblo con inaudita saña, y sus soldados pillaron y destruyeron los palacios y los templos donde se conservaban las reliquias del antiguo imperio germánico, y aun las chozas de los campesinos. Napoleón fué, sobre todo, muy duro con la infeliz reina Luisa, a la que trató con suma rudeza en Tilsitt. El rey Guillermo I, que era un niño entonces, nunca pudo olvidar las lágrimas que el César francés en la cúspide del poder y de la gloria, hizo derramar a su ilustre abuela, y las recordó en Sedán, cuando otro César de la sangre y de los mismos instintos, pero no del talento ni de la fortuna de aquél, le entregó la espada y humildemente se puso bajo su protección.

El gran Napoleón visitó la tumba del gran Federico, a quien admiraba, y descolgando de su sepulcro la espada vencedora de Forbach, se la ciñó al costado.

«La patria —escribe Scherr— sojuzgada por Napoleón, la patria oprimida, despojada y atormentada, echó del alma del más genial de los románticos, del alma de Enrique Kleist, un alarido penetrante, el drama compuesto en 1808 con vengativa alusión a la tiranía francesa, *La batalla de Hermann*, que no pudo representarse ni imprimirse, por cuyo motivo el autor escribió en la portada del libro el lamento

«¡Ay de ti, patria mía! Pulsar la lira en gloria tuya me está vedado, a mí, tu poeta leal, en tu regazo.»



«El 12 de Julio de 1806 se estableció la prefectura napoleónica en territorio alemán, la alianza del Rhin y los serviles prefectos napoleónicos, los príncipes que formaban aquella alianza declararon en actas su salida del Imperio para siempre el 1.º de Agosto en Ratisbona, deponiendo cinco días más tarde el emperador Francisco la corona del Sacro Imperio. El hundimiento del imperio alemán no había provocado más que un grito de dolor: el librito *Alemania en su más profunda humillación*. Como no se descubriera al autor, Palm, como impresor y expendedor, fué preso, sometido a la farsa brutal de un consejo de guerra francés y fusilado en Braunau el 26 de Agosto de 1806.»

«Es preciso saber —continúa Scherr— cómo los franceses se han comportado en Alemania en la *época francesa*; es preciso acordarse de que Napoleón impuso en Tilsitt a la pobre Prusia, hollada, pillada y despojada de la mitad de su territorio, la contribución de guerra, realmente exorbitante en aquellas circunstancias, de 1,020.229,494 francos, para comprender la hirviente ira que llenaba las almas de los patriotas alemanes y su horror a todo lo francés...» (1).

Las partidas de campesinos se armaron para defender el país, como los helvecios de la época de Tell y como los somatenes catalanes y los chisperos madrileños en 1808. El labrador Andrés Hófer levantó a los tiroleses, y en el breve escenario limitado por aquellas montañas, ásperas y bravas, llevó a cabo maravillosas hazañas. Toda la Alemania se alzó en armas, y el duque de Brunswick y el «batidor» Schill pudieron disponer de verdaderos ejércitos. Las sociedades secretas, en tanto, traba-

---

(1) *Veinte años de historia alemana.*

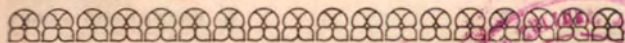
con blanco, sobresaliendo entre ellas la célebre «Tungusland», y del suelo, hollado por los cascos de los caballos de los guerreros napoleónicos, brotaban bosques de bayonetas y espadas.

Fracasada la gigantesca campaña de Rusia, en que Napoleón perdió la flor de sus ejércitos, Prusia sumó sus esfuerzos a los de Inglaterra, Austria y Rusia, y en la batalla de tres días de Leipzig fué vencido aquel genio de la guerra. Un soberbio monumento conmemora el sitio en que se verificó esta formidable lucha, que se conoce en la historia con el nombre de «batalla de las naciones».

En 1815, vuelto Napoleón de la isla del Elba, se libró en el campo de Waterloo, a seis leguas de Bruselas, entre las fuerzas combinadas anglo-belgas y prusianas, por una parte, y las francesas al mando de Napoleón, por otra, la famosa batalla que puso término al Imperio napoleónico y a las zozobras de Europa. En esta acción jugaron un papel muy importante los prusianos de Blucher, que llegaron a tiempo para salvar a los anglo-belgas comandados por Wellington de un completo desastre. Blucher y Wellington se abrazaron sobre el campo cubierto de cadáveres de la *Belle Alliance* (1).

Un siglo más tarde, el aniversario de la batalla de Waterloo, encontraba en los mismos campos de Bélgica, unidos a los anglo-belgas y franceses delante de las bayonetas prusianas.

(1) Los ingleses se han atribuido siempre el honor de esta jornada; pero es bien sabido que a las 4 p. m. de este día Wellington estaba completamente derrotado, y que mirando al horizonte, exclamaba con angustia: «¡Blucher o la noche!»



## II

### Rusia y los Estados balcánicos.

El sueño de Rusia.—La guerra ruso-turca.—Guerra de Crimea.—Tratado de Berlín y fraccionamiento de Turquía.—Anexión de Bosnia y Herzegovina al Austria.—Italia se apodera de Trípoli.—Guerras balcánicas de 1912 y 1913.

Desde que Rusia alcanzó con Pedro el Grande la categoría de potencia europea, su mayor anhelo fué obtener una salida libre al mar Mediterráneo. Encerrado entre los hielos del polo, las agrias pendientes del Cáucaso, los Cárpatos de Bukovina y Moldavia, la mole infranqueable de los Himalayas y la gran muralla china, el inmenso imperio no tiene más que cuatro puertas para asomarse a los mares de la civilización: Arkángel, bloqueado por los hielos durante todo el año; el Báltico, dominado por suecos, daneses y alemanes; Vladivostok, situado a una distancia inmensa de los grandes centros políticos y comerciales rusos, y vigilado estrechamente por los nipones; y el Bósforo y los Dardanelos, o sea los estrechos que señorea la antigua Bizancio, que los turcos llaman Stambul y el mundo entero conoce con el nombre de Constantinopla.

Si Rusia sueña apoderarse de esta ciudad, no es porque anhele arrancar la media luna de Santa Sofía y arrojar al Asia a los infieles, sino porque Constantinopla es la puerta de los estrechos y la única salida del mar Negro. Odessa, Constanza, Trebizonda, Sebastopol y todas las poblaciones del mar Negro, están como en el fondo de un saco cuya garganta es el Bósforo, y éste está en la mano del gran turco. He aquí por qué la política rusa desde hace más de un siglo tiene como principal objetivo Constantinopla, y más que la espada de San Esteban, halagaría al Emperador moscovita el alfanje de Solimán (1).

La guerra ruso-turca de mediados del siglo XIX puso en descubierto los planes de Rusia, y, alarmando Francia e Inglaterra, resolvieron impedir a toda costa que éstos se realizaran. Cinco poderosos ejércitos rusos, totalizando más de cuatrocientos mil hombres, invadieron a Turquía por la Moldavia y la Valaquia, y engrosados por contingentes rumanos, asaltaron el famoso cuadrilátero de Plewna, que defendió con extraordinaria bravura y pericia militar el famoso Osmán-bajá. Agotados todos los medios de defensa, la gallarda guarnición se rindió, y salió con todos los honores de la guerra.

Entonces Francia e Inglaterra juzgaron conveniente intervenir, y como Rusia no quisiese abandonar la empresa, los Gabinetes de París y Londres decla-

---

(1) «Desde hace más de mil años, Rusia desea obtener hacia el Sur una salida libre a un mar abierto. Las llaves del Bósforo, los Dardanelos, el escudo de la puerta de Constantinopla, he aquí los íntimos anhelos del pueblo ruso en todas las épocas de su existencia.

«Pues bien; estas aspiraciones están próximas a realizarse.» (Discurso de M. Trepoff en la Duma el 2 de Diciembre de 1916.)

raron su alianza con el turco, cuya escuadra acababan de hundir en Navarino, y enviaron un poderoso ejército a Crimea. Este ejército, engrosado por contingentes turcos y por un cuerpo piemontés, sitió a Sebastopol, derrotó a dos cuerpos de ejército ruso que se acercaron a proteger la plaza (batallas de Balaklava e Inkermann) y tomó la fortaleza de Malakoff. En tanto, una escuadra anglo-francesa bombardeaba la fortaleza de Kronstad. Sebastopol fué tomado y Rusia pidió la paz.

He aquí, pues, a Francia y a Inglaterra, las dos antiguas rivales, frescas aún las heridas de Waterloo y cuando aún no se había apagado en los confines de la historia el eco de los cañonazos de Trafalgar, aliadas al gran turco, para cerrarle el paso de Constantinopla a una nueva rival; posesión que hoy le brindan en pago de los millares de rusos muertos en los Cárpatos, en la región de los lagos Mazurianos, en las orillas del Dunajec, del Vístula y del Dvina, y en las ciénagas de Pinsk. Si no fuera una sangrienta tragedia, creyéramos que la historia universal que ofrece semejantes contrasentidos, es un cuento incoherente narrado por un borracho en medio de un público de cretinos o de locos.

Constantinopla permaneció en poder de los turcos, pero Rusia logró en parte lo que se proponía; el desmembramiento del imperio del Islam. Para alcanzar este objeto, se declaró protectora de los Estados Balkánicos que gemían bajo el yugo otomano. Grecia ya se había independizado en 1830, si bien ejercía la Puerta una soberanía casi nominal sobre Creta y algunas de las islas del Egeo. El 13 de Julio de 1878 se firmó en Berlín el famoso tratado, mediante el cual Rumania, Serbia y Montenegro asumieron la categoría de naciones independientes, y fué establecido el Principado de Bul-

garia bajo la soberanía del sultán, pero con un gobierno y una milicia nacionales. Las provincias turcas de Bosnia y Herzegovina fueron entregadas al gobierno de Austria-Hungría para su administración y ocupación militar.

Los imperios centrales habían adivinado el juego de Rusia; y el desmembramiento de Turquía, en vez de abrir a aquélla potencia el camino de Constantinopla, se lo cerró herméticamente, interponiendo entre los dos imperios una barrera formada por varias nacionalidades celosas de su independencia.

El 18 de Septiembre de 1885, Rumelia se unió a Bulgaria, y el 5 de Octubre de 1908, esta nación proclamó su independencia absoluta de Turquía.

Desde el 13 de Julio de 1878, en que se firmó el tratado de Berlín, los Balkanes constituyeron la preocupación de Europa, y más que los Balkanes, la herencia toda de Turquía.

Este inmenso imperio, que había llegado a ser el terror de la cristiandad; que ocupaba una parte considerable del Asia, casi toda la costa Mediterránea de Africa y el Oriente de Europa hasta la Transilvania; que había llevado sus banderas hasta los muros mismos de Viena, y cuyos soberanos establecían alianzas con los príncipes más poderosos del mundo, había entrado en un período de descomposición y abatimiento que hacía presagiar su total ruina. En las cortes de Europa era opinión muy generalizada la de que era preciso arrojar los turcos al Asia, y la situación del imperio moribundo se caracterizaba con el conocido mote de «el hombre enfermo» (1).

---

(1) Dícese que lord Salisbury propuso personalmente a Guillermo II el reparto de Turquía, con objeto de precipitar el conflicto germano-eslavo. (Véase HERMANN ONCKEN: *La prehistoria de la Guerra.*)

Egipto fué sustraído del dominio de Turquía por Francia e Inglaterra, y adoptó un gobierno autónomo bajo la protección de estas potencias. La administración del país fué encargada a varios ministros nativos sujetos a la autoridad de un «Wali» o «Khedive» y a la de dos interventores generales nombrados por los gobiernos de la Gran Bretaña y Francia. En 1882, con motivo de una rebelión militar, Inglaterra intervino y restableció el Khedive. En esta intervención Inglaterra procedió sola, sin solicitar ni esperar la cooperación de Francia, y aconsejó al Khedive que aboliese el decreto de 1819 y se sustrajera a la acción de esta última potencia, lo que hizo el mandatario egipcio retirando a los dos interventores y nombrando en su lugar un «financial adviser» inglés, con asiento en el Gabinete, sin cuya concurrencia ninguna medida hacendaria podía ser válida.

Las provincias de Bosnia y Herzegovina habían sido incorporadas ya de hecho al imperio austro-húngaro en 1878; sin embargo, continuaban siendo administradas en nombre del sultán. Rusia, que había indicado a la Doble Monarquía el camino de Bosnia, le aconsejó luego repetidas veces (antes de la guerra con el Japón) que convirtiera la administración que le había sido concedida por el tratado de 1878 en posesión efectiva. Más tarde el ministro ruso Iswolski, en carta de 18 de Junio de 1908, propuso al ministro de Relaciones Exteriores de Austria la anexión de Bosnia, Herzegovina y el Zanjatalo, a cambio del apoyo que la Doble Monarquía debía prestar a Rusia para conseguir la libertad de tránsito por los Estrechos.

Al mismo tiempo que se iniciaban estas negociaciones, el rey Eduardo VII y el Czar de Rusia concertaban en Reval (Junio de 1908) un plan de refor-

mas macedónicas sobre la base del reparto de Turquía, que no se llevó a cabo a causa de que con la caída de Abdul-Hamid y el advenimiento al poder de los «jóvenes turcos» cambió la situación, e Inglaterra aspiró al papel de protectora del Islam.

En Octubre de 1908, Viena declaró la anexión de Bosnia y Herzegovina, devolviendo a Turquía el Zanjatalo. La desilusión de Iswolski fué inmensa.

Las consecuencias de este acto fueron la protesta justa de Turquía, la irritación de Serbia, que veía truncadas sus más queridas esperanzas, el estupor de Rusia y de Francia y la indignación de Inglaterra, cuyo Gabinete no se tomó el cuidado de disimular la sorpresa y el disgusto con que había recibido la noticia. La prensa inglesa y el Comité balcánico inglés excitaban a los turcos a declarar el *boycott* comercial; pero Alemania ofreció su apoyo incondicional a Austria-Hungría, y las potencias aceptaron el hecho consumado. Serbia, sometién-dose a esta decisión, se obligó, en una declaración formal hecha a Viena, el 31 de Mayo de 1909, a renunciar a su conducta hostil y a vivir en adelante en un pie de buena vecindad con el imperio austro-húngaro.

En 1911 una querrela sin importancia provocó la guerra entre Italia y Turquía y puso a prueba la solidez de la Triple Alianza. Un poderoso ejército italiano ocupó la ciudad de Trípoli, y extendiendo sus operaciones, se apoderó de casi toda la Tripolitania y la Cirenaica y de algunas islas del Egeo. Turquía pidió la paz, y por el tratado de Ouchy, firmado el 18 de Julio de 1912, reconoció la soberanía de Italia sobre estos territorios.

Era evidente que ni Austria ni Alemania miraban con simpatía los proyectos de expansión de Italia a costa del imperio otomano, el cual desde la pérdi-



da de Bosnia y Herzegovina, viéndose aislado y abandonado del resto de Europa, se había echado en brazos de las potencias centrales, que, ni tardas ni remisas, brindaron al «hombre enfermo» su apoyo militar y financiero y reorganizaron su ejército, intentando hacer otro tanto con su hacienda, de modo tan eficaz, que Mitrosonoff expresó el descontento de Rusia en esta frase lapidaria: «El camino de Constantinopla ha de pasar por Berlín». Sin embargo, ni Austria ni Alemania se opusieron a la acción italiana, que pudo desarrollarse libremente, gracias al perfecto equilibrio europeo.

Parecía definitivamente conjurado el peligro de una conflagración europea, cuando en Octubre de 1912, poco después de haberse establecido en Londres, bajo el patronato de Rusia, la Liga de los Estados balcánicos, estalló la guerra entre Bulgaria, Grecia, Serbia y Montenegro, por una parte, y Turquía por la otra. Era evidente que esta guerra obedecía a un plan maduramente preparado, y que había merecido la aprobación de Rusia. Sin embargo, se logró localizar el conflicto. Los búlgaros, vencedores en las grandes batallas de Kirk Kilisse y Lule Burgas, se apoderaron de Adrianópolis y llevaron en triunfo sus banderas hasta la línea fortificada de Tchatalja, a pocas leguas de Constantinopla, mientras los griegos se adueñaban de Salónica, los serbios de Monastir y los montenegrinos de Scutari. Turquía pidió la paz, y por el tratado de Londres perdió todo lo que le restaba en Europa, excepto Constantinopla. No tardó en estallar la segunda guerra balcánica, por no haberse puesto de acuerdo los vencedores en el reparto del botín. En esta segunda lucha Bulgaria se encontró aislada, como lo había estado Turquía en la primera, y perdió la mitad de sus ganancias, agravándose su si-